LOS GUZMANES Y LOS VARGAS

VERDADERA RELACION, Y CURIOSO ROMANCE, en que se refieren los grandes amores de dos amantes, llamados Doña MARIA DE GUZMAN, Y Don ANTONIO GIRON DE VARGAS. Tratase de sus amores, y de la sangrienta batalla, que entre los Guzmanes y Vargas hubo, en la qual salieron heridos treinta y uno de la parte de los Vargas, y de los Guzmanes quarenta; como lo verá el curioso Lector en el fin de este suceso.

EN la Ciudad de Alicante,
ilustre en quanto el Sol baña,
la mejor Ciudad que tiene
Carlos Tercero en España,
de tiendas y mercancias,
de dinero adinerada,
y de Caballeros nobles,
de quien escribe la fama.
En esta Ciudad vivia
un Caballero, à quien llaman
Don Baltasar de Guzman,
y por sobrenombre España.
Este tiene por esposa
à Doña Juana de Ayala:
fama tiene de hermosura
por toda aquella comarca.
Dioles el Cielo una hija,
que para ser envidiada,
en un lado tiene el Sol,
en otro la Luna clara;
en la Ciudad hacen fiestas
solo por verla la cara.
Esta tal se enamoró
de un Caballero de fama,
que es Don Antonio Giron,
y por apellido Vargas.
Este tiene tres hermanos
aventajados en armas,
que es Don Luis de Mendoza,
y Don Joseph de Veraguas,

y Don Juan de Campo-Abierto,
todos de la Cruz de grana;
Habitos de Santiago:
nombrados son por España.
Dexemos los Caballeros,
voy al amor de esta Dama:
tiene una hermosa azotea,
que en la Ciudad se señala,
y Don Antonio una torre,
que está bien embalconada.
Desde alli se hacen señas,
se corresponden con cartas,
las lleva una ama de llaves,
que esta niña tiene en casa;
porque sus padres no quieren
con Don Antonio casarla,
que como son quatro hermanos,
tienen las partes medianas,
y es sola aquesta Señora,
y de todo Mayorazga.
Resuelta Doña Maria,
al punto escribe una carta:
en el primer renglon dice:
querido, tu amor me mata;
si el ser mi esposo pretendes,
¿cómo en venir tanto tardas?
Vendrás à las ocho en punto,
por ser la mejor entrada,
que yo te tendré à la puerta
quien te enseñe mi posada.
La recibiò el Caballero,
y à leerla no acertaba,
en ver los muchos favores
que le envia aquesta Dama.
Se estuvo todo aquel dia
deleytandose en la carta,
hasta que vino la noche;
besò la carta, y la guarda.
Pidiò al punto de cenar,
y la baxò una criada;
despues que hubiera cenado,
muy ricamente se arma,
se pone un calzon de raso,
con una media bizarra,
una alpargata de pita,
con unas colonias blancas,
un jubon ojeteado,
una montera de grana,
un casco de fino acero,
una rodela pintada,
un espadin, que tenia
con la guarnicion dorada.
Tan galan como arrogante,
marcha por la calle larga;
llegò, y tocando à la puerta,
le baxò à abrir la criada;
lo tomara por la mano,
y lo llevara à una sala
de damascos y doseles,
que está bien aderezada,
por ser sala de recibo
quando hay visitas en casa,
que por ser la casa grande
para esto está reservada.
El quarto de esta señora
tiene una hermosa ventana
que da vista à aquella nave,
por tres barretas de plata.
Alli estaba un taburete
aforrado en lana blanca;
se sentò en él Don Antonio,
subió arriba la criada.
La hermosa Doña Maria,
que con gran cuidado estaba,
se baxò por la escalera,
diciendo aquestas palabras:
¿Es posible, Caballero,
que ha sido mi dicha tanta,
que haya merecido yo,
que esta visita se me haga?
Y Don Antonio Girón,
que no se descuida en nada,
con la montera en la mano
de la cortesia usaba,
diciendo: la dicha es mia,
y al Cielo le doy mil gracias,
pues que me ha dexado ver
à quien tanto deseaba.
Estando en estas razones,
el padre à la puerta llama,
y con él diez Caballeros
que iban à jugar à casa,
por ser juego entretenido
por estos Reynos de España.
Suben todos allá arriba,
y solo el padre baxaba
al quarto de esta señora
por un tablero de damas.
Llegò tocando à la puerta,
Don Antonio se levanta,
y con un garvo animoso
le ha dicho aquestas palabras:
Oyga, señor Capitan,
ahorremonos de palabras:
usemos de cortesia,
no alborotemos la casa:
en lo hecho no hay remedio,
ni en el amor hay mudanza:
Doña Maria es mi esposa,
si es cosa que à usted le agrada.
Don Baltasar se alborota,
echando mano à las armas;
baxan los diez Caballeros,
y con luces las criadas,
todos once dan con él
metidos dentro en la sala;
mas como es diestro y ligero,
nada alli le fatigaba.
Don Francisco Madrigal
le diò una fuerte estocada,
que le ha atravesado un muslo,
y él hizo la vista larga.
Puso los ojos en él,
le tiró una cuchillada
por un mollero de un brazo,
que hasta el hueso le pasaba.
De los once hiriò à los cinco;
mas viendo que los maltrata,
pidieron una escopeta
para tirarle en la sala.
Va la nueva à los hermanos,
que para cenar estaban,
y todos se alborotaron,
apriesa piden las armas;
con los estoques desnudos,
y cotas bien aceradas,
van diciendo por la calle
estas siguientes palabras:
¡O, si permitiera el Cielo,
y la Virgen Soberana,
de que hallaramos aun vivo
al hermano de mi alma!
Adelantose Don Juan,
se asomó por la ventana,

y oyó decir à su hermano
con la voz muy lastimada:
No es de nobles Caballeros
executar tal infámia,
y tirar con escopetas,
estando aqui las espadas.
La colera que los ciega,
derriban las puertas ambas:
se salieron à la calle;
y la Ciudad alborotada,
acudiò el Gobernador,
el Teniente en su compaña,
Alcalde de la Justicia,
con toda la gurullada,
mas como son Caballeros,
à nadie le respetaban;
y viendo que no podian
la pendencia apaciguarla,
sacaron un Santo Christo
de la Piedad Soberana,
entre quatro Sacerdotes,
van diciendo en voces altas:
Mirad, Christianos, mirad
à Christo con cinco Llagas
por nosotros pecadores,
recibiendo muerte amarga.
Todos hincan la rodilla,
cada qual se va à su casà.
Quién no los vido reñir
los Guzmanes con los Vargas,
tanto dorado espadin,
tanta espada, tanta daga,
tanto coleto de ante,
tanto de la Cruz de grana.
Treinta y uno hubo heridos
de la parte de los Vargas;
de los Guzmanes quarenta,
que es cosa que al mundo espanta
Vamos à la perla hermosa,
que encerrada en una sala,
à nadie le quiere abrir,
que por Don Antonio clama,
entendiendo de que es muerto
el amante de su alma.
Don Antonio y sus hermanos
se fueron acia su casa,
y al punto de media noche,
fueron à ver à esta dama,
donde arrancando una rexa,
acia allá dentro se entraban,
dandose estrechos abrazos,
que de contento lloraban,
y desde alli la llevaron
à una muy honrada casa
de Don Gaspar de Florencia,
que la Ciudad respetaba.
Supolo el Señor Obispo,
luego al instante los casa.
Sanaron los Caballeros,
y las paces se ajustaban,
y en breve tiempo se hizo
de un bello infante preñada.
La fuera su padre à ver,
le diò las partes dobladas,
por donde vino à alcanzar
las amistades de gracia.
El que enamorado fuere,
y amare de buena gana,
se ha de atener à los riesgos
que le vienen por su dama.

F I N.